

La violencia y la esfera pública **Reflexiones filosóficas sobre el daño del tejido social**

*Violence and the public sphere philosophical reflections on damage
to the social fabric*

Dr. Gonzalo Gamio Gehri
Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Grupo de investigación
“Sobre Identidad y Alteridad, entre el Yo y el Otro”, Lima, Perú
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1573-1434>
Contacto: gonzalo.gamio@uarm.pe

RESUMEN

Este ensayo se propone examinar la presencia de la violencia en los espacios públicos en el Perú de hoy. A partir del análisis de tres casos, el autor somete a discusión las configuraciones de la violencia en la vida diaria de nuestra sociedad, así como plantea formas de prevención y combate de la violencia en el horizonte de la democracia liberal. Por un lado, se desarrolla una ética de la proyección empática arraigada en la cultura de los derechos humanos, que permite asumir la defensa de las víctimas; por otro, destaca la importancia de la deliberación cívica como actividad que puede preservar el tejido social frente a la amenaza de lesión de derechos.

Palabras clave: ciudadanía, violencia, empatía, esfera pública, deliberación pública, derechos humanos

ABSTRACT

This essay aims to examine the presence of violence in public spaces in Peru today. Based on the analysis of three cases, the author discusses the configurations of violence in the daily life of our society, as well as proposes forms of prevention and combat of violence within the horizon of liberal democracy. On the one hand, an ethic of empathetic projection rooted in the

culture of human rights is developed, which allows assuming the defense of the victims; on the other, it highlights the importance of civic deliberation as an activity that can preserve the social framework against the threat of rights infringement.

Keywords: citizenship, violence, empathy, public sphere, public deliberation, human rights

“Dices que quieres una Revolución
Pero sabes,
Todos deseamos cambiar el mundo.
Me dices que es evolución
Pero sabes,
Todos deseamos cambiar el mundo.
Pero cuando hablas de destrucción
Sabes que no puedes contar conmigo”.

John Lennon, *Revolution 1* (1968).

1. La violencia en nuestras vidas

El Perú vive una polarización política que genera una grave inestabilidad en casi todos los terrenos de la vida social. Uno de los síntomas de esta polarización puede ser identificado en la agresividad que se pone de manifiesto en las formas de enfrentamiento que se suscitan en los distintos sectores de nuestra sociedad. El grado de crispación de los actores sociales y políticos es intenso y agrava esa suerte de “crisis permanente” que ya nos estamos acostumbrando a vivir. Somos una sociedad posconflictiva que respira la violencia por doquier, tanto en los escenarios de la vida pública como en los de la vida ordinaria. Mi punto de partida son tres situaciones de violencia entre las muchas que afrontamos día a día.

A.- El expresidente de la República, Francisco Sagasti, presenta su libro en diálogo con el escritor Santiago Roncagliolo en la librería *La primera parada* de Barranco. El evento fue interrumpido por el grupo

de ultraderecha La Resistencia, cuyos adeptos, usando megáfonos llamaron “asesino” y “terrorista” al exmandatario. La actividad cultural tuvo que suspenderse, debido a los gritos y los insultos. Los vándalos bloquearon las puertas e impidieron la salida de los participantes¹.

B.- La Congresista Patricia Chirinos —promotora de la última y fallida moción de vacancia— visita Ayacucho y se entrevista con los familiares de las víctimas del conflicto armado interno que conformaron Anfasep. Prometió brindarles ayuda desde el parlamento y asistió con ellos al Museo de la Memoria del lugar. Al poco tiempo, la congresista aparece en un video frente al “Horno más antiguo del Perú” para preguntarle a dos personas “a quién metería a ese horno”, deslizandole la idea de que se debería reservar ese castigo a agresores de mujeres y a políticos corruptos. Aludir al uso de un horno para incinerar los cuerpos de seres humanos constituye un agravio directo a Anfasep y al pueblo de Ayacucho. Se trata de una inaceptable referencia al horno del cuartel Los Cabitos, en el que se pretendió desaparecer los restos de personas secuestradas y asesinadas por malos efectivos de las Fuerzas Armadas². Los familiares de las víctimas del conflicto armado interno están luchando denodadamente desde hace muchos años por convertir la zona de La Hoyada —donde estaba situado el cuartel— en un santuario, en un lugar para el recuerdo y la reflexión en torno a aquellos compatriotas desaparecidos durante esos luctuosos años.

C.- En una entrevista en *Radio Existosa*, el parlamentario de Perú Libre Alex Flores es interrogado sobre la conducta del entonces Secretario de Palacio de Gobierno. Flores indica al periodista Christian Hudtwalcker que, al desempeñar su oficio, este solo sigue las directivas

1 Se puede leer la noticia completa en el siguiente enlace: <https://elcomercio.pe/lima/sucesos/francisco-sagasti-miembros-del-grupo-la-resistencia-interrumpen-en-la-presentacion-del-libro-del-expresidente-en-barranco-nndc-noticia/>.

2 Se puede leer la noticia completa en el siguiente enlace: <https://larepublica.pe/politica/2021/11/16/patricia-chirinos-rechazan-mensaje-de-congresista-de-avanza-pais-sobre-meter-hombres-violentos-o-corruptos-a-un-horno-ayacucho/>.

de “sus patrones”, es decir, los dueños de la emisora. Fuera de sí por la insinuación ofensiva, el entrevistador llama al congresista “muerto de hambre” y violentamente pone fin a la comunicación. El grado de violencia del incidente ha sido altísimo; se trata de un episodio que retrata lo que no debe suceder en una entrevista periodística³.

Estas tres situaciones de nuestra historia reciente revelan cómo la confrontación y la intolerancia se han asentado en diferentes ámbitos de la vida social. Es por ello por lo que resulta esencial abordar con rigor científico el fenómeno de la violencia, así como su poderoso impacto sobre la vida de las personas y las instituciones para comprender los conflictos que enfrentamos hoy. Debemos a Johan Galtung importantes contribuciones a los estudios sobre la paz y acerca del daño producido por las diferentes formas de violencia. En *En paz por medios pacíficos*, Galtung establece una analogía entre los estudios sobre la paz y la medicina. Así, la salud es al sistema del organismo el estado de armonía y bienestar que corresponde a la paz en el sistema social. La enfermedad constituye la quiebra de este equilibrio en el organismo de un modo similar a cómo la violencia lesiona el bienestar de la sociedad (Galtung, 2003, pp. 21 y ss.). Como en el caso de la investigación en el campo de la medicina, las disciplinas de la paz recurren al triángulo *diagnóstico/pronóstico/terapia*.

Según el autor, existen tres clases de violencia. La *violencia directa* alude al daño (o a la *amenaza* de daño) producido por sujetos claramente identificables. Ella puede ser física o psicológica. La *violencia estructural* tiene lugar allí donde el que lesiona el tejido social no es una persona ni un conjunto de personas, sino un *sistema socioeconómico o político*, cuyos mecanismos recortan libertades o merman vidas humanas; a juicio de Galtung, la explotación económica y la represión política constituyen manifestaciones de esta clase de violencia. El sociólogo noruego asevera que “la violencia estructural deja marcas no sólo en el cuerpo humano, sino también en la mente y en el espíritu” (Galtung,

3 Se puede leer el artículo completo en el siguiente enlace: <https://peru21.pe/politica/chupe-sinvergüenza-muerto-de-hambre-cobarde-el-congresista-alex-flores-y-christian-hudtwalcker-se-dijeron-de-todo-peru-libre-vladimir-cerron-pedro-castillo-noticia/>.

2016, p. 153). La *violencia simbólica* se revela como la vulneración de derechos perpetrada desde el ámbito cultural: el discurso, las creencias y las valoraciones humanas. El racismo, el clasismo, el machismo y la homofobia son claras expresiones de ella. Se trata de formas de daño que operan como matrices de legitimación de las otras especies de violencia. Los llamados *crímenes de odio* encuentran terreno fértil en la práctica de la violencia simbólica. Galtung llama la atención del enorme potencial destructivo de las configuraciones culturales que promueven el menosprecio y la discriminación.

Las ideas de Johan Galtung y de otros investigadores sobre la paz fortalecen el marco hermenéutico desde el cual es posible examinar y enfrentar situaciones de violencia como las que se describen líneas arriba. Resulta perturbador constatar que los grupos de ultraderecha que acosan a sus adversarios políticos escojan las presentaciones de libros como el escenario ideal para llevar a cabo sus acciones ilegales. No parece tratarse de casualidades, dado que lo que estos colectivos buscan es silenciar las ideas de personas o grupos a partir del uso de la fuerza y la estigmatización de quien piensa diferente. Si se acusa al expresidente de “comunista” o de “filoterrorista” —una calificación delirante que no se ajusta a la verdad— entonces, no es necesario escuchar lo que tiene este que decir. Para esa cuestionable presuposición, no se discute con los comunistas, se les encierra o se les expulsa del espacio común. La ultraizquierda no es ajena a la exhibición de esta actitud: el congresista de Perú Libre del segundo caso caricaturiza al periodista y lo sindicado como un sirviente de los dueños del canal de radio. Por supuesto, la reacción del entrevistador se evidenció desmesurada y agravante. Sin embargo, la idea de que un periodista está simplemente sometido a los intereses de sus empleadores se basa en el prejuicio y en la estrechez ideológica.

El chocante video de la congresista con el horno ayacuchano constituye una grave ofensa contra la región que fue el epicentro del *manchaytimpu* que sufrimos durante dos décadas. Estas imágenes mancillan el recuerdo de miles de familias de peruanos que perdieron a sus seres queridos, que no saben qué sucedió con ellos y ni siquiera han podido encontrar sus restos para darles sepultura. Es el caso de muchas

personas que forman parte de Anfasep. El Museo de la Memoria da testimonio de esas dolorosas historias. Se trata de historias inconclusas en la medida en que quienes se vieron envueltos en ellas no han logrado enfrentar un proceso de duelo sobre la base del anhelo de verdad y de justicia ante la tragedia vivida.

2. Cultura de los derechos humanos y ética de la empatía

El fenómeno de la violencia es sumamente complejo; sus estrategias para prevenirla y combatirla son de diversa naturaleza. Voy a limitarme aquí a discutir aquellas que están vinculadas al ejercicio de la ética cívica. La violencia no constituye un “hecho natural”. Se trata de un “hecho social” provocado por causas humanas, vale decir, por decisiones y acciones realizadas por agentes humanos. “Utilizamos la palabra ‘violencia’”, afirma Leszek Kolakowski, “sólo con relación a las personas; sólo las personas pueden ejercer y sufrir la violencia” (2001, p. 65; Shklar, 1988). Podemos asignar responsabilidades, investigar y sancionar estas formas de daño a la vida y lesión del tejido social.

No se puede enfrentar la violencia desde la ética cívica sin defender la cultura de los derechos humanos como centro de gravedad de los modos de trato en nuestras comunidades, desde la familia hasta la sociedad nacional. Esta cultura hunde sus raíces en la Ilustración y se funda en la idea de que las personas somos fines en sí mismos y no debemos ser tratadas exclusivamente como medios. Las personas tenemos valor de dignidad y no solamente un valor de utilidad. De aquella intrínseca dignidad se deriva nuestra condición de titulares de derechos universales, inalienables y no susceptibles de negociación. Estos derechos protegen a las personas en su vida, libertad y propiedad de cualquier intervención externa no consentida, ni siquiera cuando se trata del propio Estado. La cultura de derechos humanos cuenta con redes locales e internacionales que se han configurado a través de instituciones, mentalidades y prácticas sociales que giran alrededor de la libertad y la inviolabilidad del individuo humano.

Solo podemos fortalecer la cultura de los derechos humanos en los espacios de la vida cotidiana desde el desarrollo de la educación. No

solo se trata de formar una conciencia crítica frente al daño perpetrado contra otros y contra las instituciones, sino también de formar nuestras actitudes y orientar nuestras emociones. Esta pedagogía concentra su atención en el ejercicio de la proyección empática. Esta operación consiste en proyectarnos —a través del trabajo de la reflexión y la imaginación— en la situación dolorosa o injusta que otro ser humano padece. A través de la empatía, puedo plantarme el reto de sentir con el otro, condición fundamental para actuar en su favor. Desde la Ilustración escocesa, se ha discutido el proyecto de una ética centrada en las emociones. Necesitamos buenos argumentos para actuar, pero también requerimos actitudes adecuadas para asumir la defensa de los derechos de las personas más vulnerables de la sociedad.

En décadas recientes, Richard Rorty, Martha C. Nussbaum y Bernard Williams han destacado el importante lugar que cumplen las humanidades y las artes en la construcción de esta educación ética (Nussbaum, 1999, 2001, 2005, 2006; Rorty, 1997, 2000; Williams, 1994). La literatura, la historia y el cine aportan una mirada distinta sobre las acciones y las situaciones que las personas viven: esta se centra en el predicamento concreto de seres humanos en contextos concretos. Esa clase de mirada ofrece un material importante para la deliberación ética y política que estudia la filosofía práctica. Estas disciplinas ofrecen al lector y al espectador una interpretación lúcida del contacto con un ser humano singular, cuyo comportamiento y cuyas reacciones frente al amor, el temor o la crueldad podemos percibir y eventualmente comprender, avalar o cuestionar. Las personas son individuos de carne y hueso, no son sujetos abstractos ni son las “partes” de un hipotético contrato social. Frente a esos personajes ficticios, meramente especulativos, no es posible mostrar empatía. La pertenencia cultural, el sexo y el género son atributos fundamentales de las identidades que se ponen en juego en la comunicación interhumana. La literatura, la historia y el cine intentan reconstruir la identidad concreta de las personas y presentar historias verosímiles sobre sus vidas, relatos que con los que podamos identificarnos (o no), que podamos entender y problematizar.

Una pedagogía ética que recupera la contribución de las humanidades y las artes en el cuidado de la empatía se pone al servicio

del cuidado de la cultura de los derechos humanos y del combate contra la violencia en los diferentes espacios de la vida. Resulta fundamental reconducir la educación escolar y universitaria en esa dirección. La formación humanista no se reduce a la transmisión de información; pretende más bien desarrollar el pensamiento crítico y forjar actitudes basadas en la empatía y en la búsqueda del reconocimiento igualitario de todos los individuos. Por desgracia, ese tipo de educación es *rara avis* en nuestro país. Sentar sus bases constituye un tremendo reto en un escenario en el que las aulas de secundaria suelen ser espacios autoritarios en los que la voz del maestro sigue siendo incuestionable e inapelable; por su parte, muchas universidades son asimiladas al formato reductivo de la empresa privada.

3. Deliberación, recuperación de la memoria y esfera pública

Vivir bajo la sombra de la violencia como un elemento casi permanente del día a día equivale a vivir en clima de barbarie. Esta situación se va normalizando peligrosamente: la vemos en las portadas de algunos periódicos y también en los espacios políticos. Exponentes de nuestra autodenominada “clase dirigente” suelen estigmatizar a quienes cultivan ideas políticas diferentes, a pesar de que no suelen estar familiarizados con ningún debate intelectual o ideológico relevante. La polarización está desnaturalizando la política en cuanto tal. Nos vamos acostumbrando a que no se respete el derecho de las personas a pensar libremente sobre los distintos asuntos de la vida pública y privada.

Galtung sostiene que una forma básica de conjurar la violencia consiste en que los sujetos hagan uso del *poder*. Sin embargo, el concepto de poder esgrimido por el autor resulta insuficiente en tanto es definido escuetamente como la “capacidad de hacer”, en términos de la teoría política moderna. En sus escritos, plantea la intervención de diferentes especies de poder —político, cultural, militar, etc.—, pero su lectura del fenómeno se revela unilateral e imprecisa. Necesitamos una idea más compleja de poder. Afortunadamente, Hannah Arendt nos echa una mano, recuperando el concepto griego de *poder cívico*, asociado a la acción política.

La pensadora alemana describe el poder como la “capacidad de actuar en concierto” (Arendt, 1976, cap. v); este se hace manifiesto allí donde los agentes se reúnen en el espacio común para dialogar sobre asuntos de interés comunitario. Qué decisiones colectivas debemos tomar, qué normas deberían promulgarse o tal vez derogarse, qué instituciones tendrían que construirse o dejarse sin efecto. En el espacio común nos encontramos para forjar consensos y para expresar consensos recurriendo a argumentos que podamos formular, interpretar y examinar en público. Participando en estos escenarios los ciudadanos intervenimos en la dinámica de la comunicación, de cara a un horizonte compartido de igualdad y pluralidad. El hecho de que podamos entendernos revela nuestra legítima aspiración a la igualdad en la medida en que pretendemos ser ciudadanos plenos. El hecho de que necesitemos entendernos evidencia que la diversidad también nos constituye como seres humanos y como actores sociales y políticos. El poder acontece cuando deliberamos juntos y coordinamos acciones para trazarnos y para lograr propósitos comunes. No es un “recurso” más, que pueda acumularse o dividirse en los términos de una razón calculadora.

Una de las manifestaciones más básicas de la violencia reside en el bloqueo de este proceso de comunicación en el espacio común. La violencia es *muda*, en tanto no expresa razones ni profiere palabra alguna; es *sorda* porque no escucha argumentos ni está dispuesta a sopesarlos en el ágora. “Violencia” y “política” son categorías incompatibles. La política requiere del desarrollo de la comunicación sin distorsión en un marco normativo de relaciones simétricas entre los agentes. Por ello, resulta fundamental que los ciudadanos puedan identificar y cuestionar cualquier factor que quiebre ese marco: la desigualdad socioeconómica, la discriminación en materia cultural y sexual, la injusticia epistémica constituyen elementos de distorsión del libre intercambio deliberativo. Estos factores suelen estar presentes en los foros políticos; la situación de simetría de la que hablamos no ha sido alcanzada y siempre está amenazada. Se trata de un ideal que no debemos abandonar, pues es consustancial a la democracia como forma de vivir.

Cuando Arendt alude al espacio común, parece referirse al mundo de la *pólis* ateniense; ese es su modelo político. No obstante, ella

procuró encontrar otras formas históricas de *práxis* en foros de debate político. En el escenario de las democracias contemporáneas, la esfera pública está asociada a dos espacios deliberativos. Por un lado, el *sistema político*, conformado por el Estado y los partidos políticos. Se trata de lugares compartidos para el ejercicio de una clase de acción política que está restringida al despliegue de los mecanismos propios de la democracia representativa. En efecto, los ciudadanos pueden participar en los escenarios parlamentarios por encargo de sus electores, y pueden recoger sus iniciativas legislativas. También pueden intervenir desde las organizaciones políticas, configuradas en torno a una visión ideológica que pretende convocar a un sector de la sociedad a la acción.

El otro ámbito de la esfera pública está formado por la *sociedad civil*. Se trata de un conjunto de asociaciones que constituyen foros de deliberación ciudadana en los que se razona sobre temas de interés común, con el propósito de incorporar temas en la agenda política, así como para desplegar formas de control democrático y vigilancia cívica. Las universidades, los sindicatos, los colegios profesionales, las iglesias, las organizaciones no gubernamentales son parte de estos espacios sociales para la agencia política. El ciudadano independiente puede intervenir en la esfera pública y sus debates desde estas instituciones.

La esfera pública es el *locus* de la comunicación ciudadana. Como hemos señalado *supra*, el diálogo constituye el factor de contención y prevención de la violencia: evocando *Las Suplicantes* de Eurípides, podríamos sostener que el dilema fundamental de las instituciones humanas se plantea a partir del recurso al *lógos* frente a la invocación a la mera fuerza⁴. Por supuesto, el diálogo no es solo el núcleo estructurante de la vida pública, sino que es también la forma básica de regulación de nuestras actividades y relaciones cotidianas. Los conflictos constituyen una dimensión ineludible de la vida; en la perspectiva de una concepción razonable de la vida buena resulta preciso erradicar la violencia como mecanismo para resolver tales conflictos. Lo que el poeta griego asevera es que el *lógos* constituye la herramienta idónea

4 Eurípides, *Suplicantes*, vv. 745-50. El dilema planteado por Eurípides constituye el tema central de mi último libro, *La construcción de la ciudadanía. Ensayos sobre filosofía política*.

para plantear y eventualmente darles solución. El lenguaje es la práctica que sostiene el entendimiento común y la acción.

El cuidado de la deliberación pública asume diferentes configuraciones con el propósito de contener y prevenir la violencia, otorgarle una dirección a nuestras prácticas e instituciones, así como alcanzar bienes comunes. Una de estas configuraciones es la forja de consensos públicos en torno a la implementación de normas que permitan sancionar el daño social bajo cualquiera de sus formas. Otra alude a la reforma de nuestros modos de pensar y de actuar (*metánoia*) para promover el compromiso cívico. Frente al impacto que ejercen sobre nosotros los conflictos violentos que ha padecido nuestra sociedad, el cultivo del *lógos* asume la forma de la recuperación pública de la memoria; este proceso de rememoración y discusión sobre la tragedia vivida permitiría construir una conciencia crítica frente al pasado y así establecer medidas de no repetición (Todorov, 2000; Gamio, 2009).

Las múltiples manifestaciones de violencia horadan nuestro *ethos* comunitario y convierten todo proyecto colectivo de largo alcance en inviable y estéril. La única manera de contrarrestar sus efectos sobre nuestras vidas pasa por edificar un sentido de ciudadanía que nos permita identificar y abrir espacios para la deliberación pública y la acción concertada. No podemos soslayar la significación del sistema político y las instituciones de la sociedad civil en la lucha contra la violencia y la pérdida de libertades sustanciales. Normalizar las formas más crudas de violencia equivale a considerarlas inevitables. No debemos resignarnos a coexistir con ellas, a percibir las como si se tratase de un rasgo permanente de las situaciones que vivimos a diario. Ese sentimiento de impotencia solo refuerza nuestro escepticismo frente a las posibilidades de propiciar un cambio en la vida social. Observar con lucidez lo que sucede a nuestro alrededor y coordinar acciones con nuestros conciudadanos constituye un primer paso decisivo para que las cosas sean distintas en nuestra sociedad.

Referencias

- Arendt, H. (1976). *La condición humana*. Seix Barral.
- Diario La República (2021, 19 de noviembre). “Rechazan mensaje de Patricia Chirinos sobre meter hombres violentos o corruptos a un horno”. En: *Diario La República*. <https://larepublica.pe/politica/2021/11/16/patricia-chirinos-rechazan-mensaje-de-congresista-de-avanza-pais-sobre-meter-hombres-violentos-o-corruptos-a-un-horno-ayacucho/>
- El Comercio (2021, 20 de octubre). “Francisco Sagasti: Grupo ‘La Resistencia’ interrumpe la presentación del libro del expresidente en Barranco”. En: *El Comercio*. <https://elcomercio.pe/lima/sucesos/francisco-sagasti-miembros-del-grupo-la-resistencia-interrumpen-en-la-presentacion-del-libro-del-expresidente-en-barranco-nndc-noticia/>
- Eurípides (1986). *Tragedias*. Gredos.
- Galtung, J. (2003). *Paz por medios pacíficos*. Gernika Gogoratuz.
- (2016). “La violencia cultural, estructural y directa” en: *Cuadernos de estrategia* Año 2016, Número 183.
- Gamio, G. (2009). *Tiempo de memoria*. IBC-CEP-IDEHPUCP.
- (2021). *La construcción de la ciudadanía. Ensayos sobre filosofía política*. Lima, IDEHPUCP-UARM 2021.
- Kolakowski, L. (2001). “De la violencia” en: *Libertad, fortuna, mentira y traición*. Paidós.
- Nussbaum, M. (1999). *Justicia poética*. Andrés Bello.
- (2001). *El cultivo de la humanidad*. Andrés Bello.
- (2005). *El conocimiento del amor*. Machado.
- (2006). *El ocultamiento de lo humano*. Paidós.

Perú 21 (2021, 17 de noviembre). “Chupe, sinvergüenza, muerto de hambre, cobarde’: congresista Alex Flores y Christian Hudtwalcker se dijeron de todo”. *Perú 21*. <https://peru21.pe/politica/chupe-sinverguenza-muerto-de-hambre-cobarde-el-congresista-alex-flores-y-christian-hudtwalcker-se-dijeron-de-todo-peru-libre-vladimir-cerron-pedro-castillo-noticia/>

Rorty, R. (1997). *¿Esperanza o conocimiento?* FCE.

----- (2000). *Verdad y progreso*. Paidós.

Shklar, J. (1988). *The Faces of Injustice*. Yale University Press.

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.

Williams, B. (1994). *Shame and Necessity*. Berkeley, University of California Press.